

BREVE TRATADO DE LAS MIGRACIONES (EL SANTUARIO DE MEJÍA)



JULIO MAURICIO
PACHECO POLANCO

Dice el hombre a quien se le ha
asignado escribir

Sobre todas las leyendas

-El hombre de cabello largo y barba
espesa,

Cuidador del tiempo y sus creaturas-,

Que escribió otras leyes que lo
resumen todo

-Y esto lo saben pocos-.

Narró de ciertas aves

Cuyos trinos descansan en las tres
lagunas.

Unos pies desnudos descubrieron

El arena inmaculada antes que
perecieran junto al mar.

De estos primeros hombres no queda
nadie

Salvo sus compañeras que cruzan el
mundo

Para recordarnos que hay un
propósito,

Que no todo es vano, que es menester

Guardar silencio, y volverse a encontrar

Cuando emigran al sur, las que
sobrevivieron al tiempo

Para recordar quiénes somos
Frente al inconmensurable mar.





En esas orillas el alimento no se acaba.
-Crece como el firmamento limpio de
las noches

El alimento provisto para las foráneas
aves,

Y así complacido está el universo en
este orden-.

Mantas de aves que cubren el cielo
Han recorrido latitudes para saber
De lo que en otras playas está extinto,
-Hasta antes de la nueva y reiterada
estación en los años-.

El Calidris Alba sabe de los litorales del
mundo,
-Hay una extensa sabiduría en su vuelo,
El conocimiento de los peregrinos,
Dicen los que entienden de la brújula y
La Cruz del Sur
Que en ellas esto es puro instinto-.

Elegante como sobrio, encantó a la
muchacha

Que oraba frente al océano,

Ella dice que el Playerito Blanco le
evoca

Otros silencios como emociones

Donde ella fue pura para los
sementales

Y digna de otras plegarias donde solo
los santos oyen.

En esas orillas, mientras ella camina

Sus huellas son como rituales frente a
lo contemplado,

Y no desea alterar tal armonía,

Se pone al sol, y comentan los viejos
brujos que mascan caña

Solo ella puede conversar con el
Playerito Blanco;

De lo que comparten, -suponen los
hombres sabios-,

Tiene mucha relación con los sueños y
otros litorales

Donde alguien vio un amor partir

Y alguien también esperó.

Y ella está al igual que ellos

Tras la voz de los que maravillados
contemplan

Antes de decir: “también se
marcharán, también,

Como ella”.

Los tratados de la astucia

-Esos voluminosos libros inútiles

Para los que prefieren el horizonte

Y el intenso olor de las otras tierras
pisadas-,

Incluyen en sus primeras páginas al
Lobo de la costa.

-Dicen que mientras Dios contempló el
gris en su pelaje

Dio así ese color a los ojos de los
primeros navegantes-.

Para los que deben saber, Nuestro
Señor se vio tentado

Y alguna vez allí se bañó

Algún invierno, en el mar gris de estas
costas

Y desde entonces no se sabe si son olas
o lobos

Los dueños del gris de esa masa
inacabable de agua,

Que en sus orígenes seguramente
fueron

Los dueños del estertor cuando vencía
el día en su sombría

Por llevar ambos el mismo color.

Así es su pelaje, así es su
majestuosidad

Y así su misterio.



Kak kak kak

Llaman desde donde sale el Sol,
Para los que preguntaron sobre lo
imponente.

Kak kak kak

El Rayador Americano alerta que está
poblando el cielo

Su gracia ha hechizado a los marineros
que ven de lejos la orilla

Se repite el kak kak kak

Dominando las costas y los ríos.

Las bandadas son un pretexto para filosofar sobre la belleza.

Normalmente los viandantes se sientan frente ante tal panorama

Y el amor hacen, antes de saber de otros destinos

Con el anhelo de algún día coincidir con el Rayador

Y saber de lo que ellos saben

Cuando en la cartografía, los músculos fibrosos de las piernas

Descalzos sobre la arena

Cansados de extrañar el kak kak kak

En ceremonial gesto, provoque

Lo que no pudo fatigar el andar
Ante la sinfonía de sus voces
Antes de decidir el volver,
Si de buscadores hablamos.



Parten soberanas del viento

Las Gaviotas Grises, desde La Serena
hasta estos territorios

Y se les ve subyugar desde lejos.

Esas cimas donde antes todo era
misterio,

Ellas ya sabían vernos desde lo alto

Antes que el hombre conquistara
alturas recientes.

Lo que un invierno dure, así ha de ser
lo escrito

Para los buenos forasteros, cuyo ojo se
detiene,

Ante lo reconocido y que impresiona.

Así igual retornarán antes que el cielo
cambie de color

Y otros proverbios propongan las
estaciones

Antes que la hembra sea preñada

Si hablamos de amor y otras pasiones.

Mucho antes que los portugueses y
españoles

Cuando el Atlántico era puro y no
navegado

La Gaviota de Capucho Gris en vuelo
audaz

Supo de los moluscos, crustáceos y peces

Aquí, cuando miramos el otro mar
Y nos preguntamos sobre los Dioses,
Las culturas y las costumbres de los diferentes.

El hombre de piel de ébano en su ojo
Vio brillar la cabeza gris de esta gaviota,

Y en otras lenguas le preguntó el porqué.

De su estirpe vagabunda

Nadie ha podido imponer una ruta
A lo que les provoque del mundo.

Aquí y allá, en el Norte y las Europas
Otros secretos se han llevado

A lo largo del tiempo, antes que tú y yo
Antes que fuera el antes que hemos
pensado.

El niño Edward Belcher, cuando soñó
Otro cielo azul poblado de estrellas,
No adivinó al explorar con su sabiduría,
Para cuando fuera navegante
Encontrar el ave original.

Las costas del Pacífico cuando el Perú
era inmenso

Le recibieron con gaviotas extrañas,
raras.

Y así en su asombro, después del
mundo,

Desdeñó toda renuncia a lo que debe
ser imperecedero

Y Belcherianas anotó en sus cuadernos
Para saberse hijo de los océanos

Y recurrente morador donde empieza
el mar,

Donde éste besa la arena.

El niño Edward Belcher

No adivinó la Gaviota Peruana

Cuando el Perú era inmenso,

Dicen, los que conocieron el Pacífico

Antes que Humboldt

En otros siglos que ahora son
manuscritos posteriores

Anotó él, dónde quiso ser inmortal.



Se llena la atmósfera de llamadas estridentes,

Antes de llegar, antes de partir.

El oído debe ser educado para agradarse con estos cantos.

Los sabios han sabido reconocer, los rastros de la Antártida en sus patas

Luego del empeño de saber del mundo
y sus dominios

Que el hombre ignoró antes.

La Gaviota Dominicana deja las tierras
del fuego,

Como las frías promesas que al corazón
se llevan.

Dicen los que se dedican a contemplar
el mar

Que aquí se coinciden todas las rutas
de los cielos

Y las humedades huelen a mujer fértil

Como en ninguna otra parte

Y eso las ha enamorado

Por sentirse como hembras en su casa.

El ave de ojo rojo no quiere dejar el
mar,

El Macá entiende así a la vida

Y así aman los hombres las aguas
grises.

El Macá que no se deja ver por nadie a
mucha distancia

Se zambulle dentro de las aguas donde
mora,

Dicen que conoce los secretos de las
totoras

Y convive con la vegetación acuática sin mucho esfuerzo.

El ave de ojo rojo siempre está alerta,
La mano del hombre por sí sola no la puede tocar

Raro debe ser su plumaje se pregunta el niño como el anciano

Que aguardan para conocerlas

Y dicen, les ha enseñado la virtud de la paciencia.

Así es el ave de ojo rojo

Y así se manifiesta, discretamente,

Sin ánimos de ser sociable,

De querer saber del hombre mortal.



Pero hay otras aves más grandes
Que llevan la sangre en sus ojos, si así
es su color,
Le llaman el Macá Grande.
Puede hacernos creer que llora
Pero ese trompetín de su voz

Al parecer un lamento, puede
estremecer

A los que no le conocen,

Antes que el Sol se pierda,

Sus bandadas saben de las rutas
nocturnas

Y de tormentas crueles donde se baten
sin miedo,

Quizá por eso sus ojos reflejen a la
sangre,

La estampa del acostumbrado a ver el
cielo

Como todo un gran guerrero.



Nadie sabe por qué erramos en el camino,
Partimos buscando el mejor Sol,
Otros derroteros donde se descubran
Las aguas generosas, la humedad
precisa para el amor.
Los trinos se confunden con los
chasquidos y silbidos del Delfín,

Un Lobo Marino se asoma ante las
Gaviotas de Franklin,
De aroma Ártico y numerosa compañía.
Son días y noches enteras, llegando
hasta lo alto
En vuelo peregrino, las bandadas que
hasta aquí llegan.
Nadie sabe por qué este ha de ser el
destino,
Ni el silencio hermético del Ostrero
Negro,
Solitario y de seña autosuficiente
Entre un manto de plumajes grises,
albos y negros
Sembrados sobre las playas
Como si el horizonte tuviera otra forma

Allí, al costado del mar.

Así, se juntan, el río, el valle, las costas
y las lagunas,

Mar, arenal, juncal, totoral, gramadal, y
monte ribereño.

Dicen los hombres que escribieron las
leyendas

En el origen, -porque alguna vez todos
peregrinaron

Buscando el templo,

Como es todas las veces-,

Donde mieles y promesas abundan

-Buscaron el milagro-, para aferrarse a
la vida,

Entre cañaverales y olor a hembra en
celo.

Nadie sabe del porqué se eligen ciertas
rutas

Cuando se trate de la procreación o el
descanso,

Quizá sea así la señal del destino en
cada quien,

Un ir y errar el camino, de aquí a allá,

Quizás esto lo sepa más el Gaviotín
Ártico

Quien siempre vuelve, siempre vuelve,

Entre muy muy's y cangrejos rojos

Entre tres lagunas dispuestas como
fieles madres,

Vigiladas por las Golondrinas de Asia,

Acompañadas de las Chocas y sus nidos
flotantes.

Larvas, Caracoles, Peces y Bichos
Alimentan incesantemente a estos
buenos viajeros.

Preguntó el hombre de cabello largo y
rostro barbado

¿Dónde empieza esta sagrada morada
donde he sido feliz?

Los pies descalzos, de piernas de
fibroso músculo

Y espaldas bruñidas como si fuera
siempre,

Se saciaron de un elixir dulce y claro.

Afanosos dibujaron cartas para
nombrar el hallazgo

Para llamarle: “La despensa de
Arequipa”.

Los Incas le llamaron: Tampupailla,

Los colonos con Pizarro: Tambo

Que bien como río no solo vida al valle
dieron

Que bien entre Incas y barbados

Emigraron también hasta este
Santuario

De los 5 continentes aves cada año,

En diferentes temporadas

Llamadas avifaunas,

Entre 180 especies de aves

Que cruzan el mundo en millares

Para saber de su refugio,
Como fue escrito por los hombres que
escribieron las leyendas
Desde el origen antes del origen
Cuando aún el hombre no era hombre
Y en la noche de los tiempos todos nos
perdimos.



JULIO MAURICIO PACHECO POLANCO

AREQUIPA, PERÚ

2017

